

ciones coetáneas y convecinas suyas, como los restos de naufragios en tormentas desatadas, ó como las remembranzas gratas en los completos olvidos. El genio dramático más poderoso de todas las edades nos ha legado los furores implacables, reinantes por fuerza sobre aquellas familias enemigas, á combates perpetuos entregadas, y atisbándose recelosas entre sí para darse respectivamente muerte, al pintarnos en su *Julieta y Romeo* cómo no podían juntarse capuletos y montecos ni en las sepulturas, que reciben indiferentes todos los humanos despojos y borran todos los seculares odios con la invencible afinidad de los átomos. Gustábale tanto al déspota sojuzgar y oprimir la republicana y democrática Padua, que, al entrar en ella, tras una de sus correrías y campaña, besó las puertas desde su caballo con el beso de Judas, no para servirla, para exterminarla. Esta entrada es la que ha inmortalizado en Padua el nombre de Antonio, y ha valido al patrono de la ciudad el templo milagroso que admiran, desde hace siglos, los hombres cultos, y misas en tanto número que, no pudiendo decirse todas las encargadas en los años respectivos, cada una de las rezadas á fines del mes de Diciembre vale, según bula del Pontífice, por mil. Y sin embargo, Antonio no hizo con Eccelino más que aquello mismo hecho por la gente israelita con los Faraones, por las tribus judías con los Baltasares, por la gente cristiana con los Césares, por la orden de Asís con los feudales, y más tarde la gente suiza y holandesa con los Austrias, la británica con los Estuardos, la francesa con los Borbones.

En la regularidad y en el orden de nuestro siglo, nosotros no podemos comprender las guerras múltiples del feudalismo, ni la vida de aquellos caballeros feudales, ya bandidos en cuadrilla, ó ya merodeadores que van espigando los despojos amontonados por sus segures, parecidas á la hoz puesta por la muerte sobre sus propios hombros. Esclavones á sueldo, normandos piratescos, moros sicilianos, mulatos y negros tunecinos acompañan y siguen á los señores feudales como legiones huídas del infierno. Después que han asaltado las ciudades pasan á cuchillo sus moradores, y cansados de matar, si dejan algunos infelices con vida, los expolian para que haya desgracia superior al sueño de los muertos, la vida de los supervivientes. Padua parecía un inmenso escombros, hecho y amontonado por los estremecimientos terrestres ó terremotos perdurables. Los palacios enemigos fueron primeramente á saco entrados, y después desceñidos de sus almenas y desmochados de sus torres. Los nobles iban á los cadalsos erigidos en las encrucijadas; y los plebeyos á las hogueras encendidas en las plazas. Familias patricias se vieron tapiadas dentro de sus salones y acabaron por hambre, después de haberse mordido y arrancándose á pedazos de sus cuerpos las carnes. Una vez quiso ver alguna de sus víctimas en los últimos tormentos de tal suplicio, en los estertores, para holgarse con sus agonías, y se le aparecieron en tropel tan aterradoras, con sus pieles negras pegadas á los huesos secos y sus bocas de cadáveres y sus fauces de calaveras mondadas y sus estertores de

muerte y sus gestos de venganza, que retrocedió espantado y huyó de sí mismo. Y á estos muertos por hambre, los señores de Vado, siguieron otros que, perdidos de miedo, llegaron á entregarse, por amor á la vida, y tuvieron los cuidados que pedir, por no aguantar los tormentos infligidos á su cobardía, que les diesen de un modo ú otro la horrible y temida muerte. Un célebre demócrata, Leonardo, mató á su juez en el tribunal con cuchilla que llevaba oculta entre los pliegues de su túnica, para que los verdugos le matasen á él y convirtieran aquellos tablonos del altar de una justicia profanada, en tablonos de su requerido cadalso. Llegóse al suicidio colectivo por no poder sufrir la vida común.

El Papa tuvo que hacer contra los caballeros feudales exactamente lo mismo que hiciera contra los bárbaros germánicos: enviarles delegados suyos, representantes suyos, ministros suyos, para que los domasen como á los vándalos de Genserico y como á los hunnos de Atila. No bastaba, sin embargo, con que tuvieran esta delegación; habían menester del propio influjo alcanzado por los poderosos dones de su palabra y por las eficaces virtudes de su elocuencia. Mucho antes de que Antonio ejerciera el ministerio que todos le reconocemos en Padua, otros monjes de igual estro habíanlo ejercido en varias poblaciones de aquella grande Marca. Así el célebre Juan, elocuente y sabio monje, pobre y mísero, abundante de palabras elocuentísimas, pero taimado y astuto en los abandonos connaturales á su inspiración, aceptó una de las misiones al uso aquél; y sacando de su flaqueza fuerza y de sus pulmones voz como las que prestan, además de las fuerzas propias, los entusiasmos de su exaltadísimo auditorio, llegó con su acento á todas partes, á los hondos sepulcros mismos, que se abrieron como en la resurrección de Lázaro, y á los objetos inanimados, que palpitaron como á la muerte de Jesús. Los oyentes nómadas, compañeros de tales predicadores piadosos, contrastaban los soldados que perpetraban las devastaciones feudales. Pero el penitente Juan, soberano un día en la Marca de Trevisa, llegó allende lo religioso, embriagado por su propio poder, y ascendiendo á gobernante, se perdió por haber desengarzado su alma á la esfera propia y caído en el delirio de unir á las fuerzas espirituales el poder material y el gobierno absoluto. Así no le alzaron altares y templos, como al buen Antonio, y sólo sublevaciones en su contra hubo y condenas á destierro sobre su persona más tristes que las condenas á muerte. Antonio se redujo á conminar al tirano Eccelino y á vibrar sobre su cabeza los rayos de una exaltada elocuencia. Imposible retratar estos personajes á un escritor de nuestra edad en aquella porfía con el déspota, porque carecemos, aun los más ingenuos y más resueltos á colocarnos en las condiciones propias á una edad, del candor que tenían los espíritus ingenuos, magnetizados por una mirada fulgurante, por un ademán propio, por un rasgo inspiradísimo, por un sermón elocuente. ¡Ah! El espíritu venció á la materia.

Para mejor aspirar la esencia de tal edad, y conocer los combates librados por Antonio á la tiranía, tales como quedan en la tradición, leamos un autor verdaderamente religioso,

aunque tres siglos después de muerto el Santo escribiera, leamos al padre Rivadeneira: «No solamente mostró el bienaventurado, dice en su *Flos Sanctorum*, no solamente mostró el bienaventurado San Antonio este celo y fortaleza en la guarda y pureza de su religión, sino también en otras muchas cosas graves que se le ofrecieron; entre las cuales fué una muy notable la que le sucedió con Eccelino, tirano de Padua y de otras ciudades de Lombardia. Era este tirano uno de los más espantosos y fieros monstruos que ha habido en el mundo, y más león y tigre que hombre; porque dejando las demás cosas en que manifestó su crueldad, en una sola vez mandó matar con exquisitos y diversos géneros de muerte á once mil paduanos que tenía en la ciudad de Verona, soldados y ministros suyos, por haber entendido que se le había rebelado la ciudad de Padua. A este tirano y enemigo de la naturaleza humana fué San Antonio, y con ásperas y severas palabras, sacadas de aquel pecho encendido en amor divino, le reprendió, le afeó sus desafueros y maldades, y le amenazó con la ira divina y con el fuego eterno que le estaba aparejado. Y aguardando los soldados de Eccelino que les mandase matar al Santo (como lo solía hacer con los otros que le daban algún disgusto) él tomó su cinto, y se le puso al cuello, y se puso á los pies de San Antonio, prometiendo de enmendarse (aunque no lo hizo); y la causa de esta mudanza en este tirano fué el haber visto salir del rostro de San Antonio, cuando hablaba, un resplandor divino, que le hizo temblar, y como azogado hacer lo que hizo. Esta tan grande magnanimidad y constancia que tenía el Santo, nacía del menosprecio de todas las cosas de la tierra, y de tener fijo el corazón en el cielo, y por esto no temía muerte, ni deseaba vida, ni codiciaba los bienes caducos y frágiles que el mundo le podía ofrecer. Y así le sucedió con el mismo tirano Eccelino, que habiéndole enviado un rico y magnífico presente, con palabras muy humildes y amorosas, no lo quiso el Santo recibir, antes se enojó con los que le traían, mandándoles luego salir de allí, porque no cayese sobre él la casa en que estaba. Y valió al Santo la vida el no haber tomado el presente, porque el tirano había mandado á sus criados que si le aceptase, luego le matasen: que parece sabía San Antonio por revelación divina lo que Eccelino les había mandado.» He ahí la gloria principal de los numerosos hermanos adscritos á la orden franciscana; la gloria de San Francisco, su fundador; del idolatrado San Antonio, quien parece representar junto á éste su maestro el ministerio representado por San Juan Evangelista junto al Redentor; de San Buenaventura, gran teólogo platónico; del modesto y humilde monje que sostuvo á Colón en su empresa; del Cardenal Cisneros: la extensión de una grande y ardiente caridad, común en todos ellos, y las aplicaciones de sus varias inteligencias etéreas á las sociedades humanas en cada circunstancia especial, y á sus respectivos progresos en los minutos del tiempo eterno más propios para ello y en los términos más lógicos de la evolución universal. Mas nunca se advierte y conoce tanto esto, como en el bienaventurado, cuya significación histórica social acabamos de esbozar en este instan-

te. Le han atribuido miles de milagros; le han formado en torno de las sienas una mística leyenda; le han puesto en altares cincelados por los primeros escultores y bajo rotondas orientales parecidas á mitras de obispos griegos que los ángeles mantuviesen allá cerca de las lagunas vénetas y bajo los cielos y junto á los mares adriáticos; una misa inacabable se reza desde las alboradas hasta el mediodía en sus aras; y una plegaria inextinguible de muchedumbres, mellando los mármoles y alabastros de sus capillas con sus pasos y con sus besos, sube á las alturas entre alas de querubines forjados en plata y nubes de incienso despedidas por incensarios de oro; el número de ofrendas y exvotos consagrados por la gratitud popular al patrono bendito no pueden humanamente contarse, y el número de novenas celebradas por los devotos no tienen medida: la doncella que castamente aguarda su matrimonio con el elegido de su corazón; el niño que se salva de una enfermedad; el hallazgo de cualquier objeto perdido, dan ocasión á promesas y á fiestas; y luego aparece, tras siglos de siglos, en los anales de la historia mejor leídos, que cuanto en los altares luce, tanto en la política luce también ó más, por aquello único que promueve y conserva los grandiosos entusiasmos históricos, por el combate á la tiranía sin tregua y por los múltiples servicios al principio divino de la libertad y del derecho.

Así como el movimiento democrático cristiano anduvo calladamente desde los Evangelios á las Catacumbas y desde las Catacumbas á los Municipios y á la orden franciscana; desde los Municipios y la orden franciscana corre con mayor prisa y mayor claridad aún. Para convencerse de tal aserto, no hay como acordarse del establecimiento de la República en los Alpes helvecios; de la entrada del Estado llano pujantísimo en las Cortes aragonesas y castellanas; del esfuerzo hecho por toda la clerecía europea en Occidente á una, cuando se reunieran los concilios, así de Basilea como de Constanza, favoreciendo el régimen parlamentario en la Iglesia católica; del gran Savonarola, que funda, entre las voluptuosidades y los paganismos del Renacimiento, la República de Cristo. Y, al cabo de todo, aparece Lutero. En verdad, para examinar á Lutero con acierto, necesitamos distinguir en él todo aquello que hay de universal ó humano, y todo aquello que hay de particular ó alemán. Como alemán, Lutero merece contarse, por sus propensiones y sus actos políticos, entre los reaccionarios de Alemania. Para vencer á los Papas tuvo que apoyarse por completo en los Reyes; y, para inscribir en sus rebeldes banderas á los Reyes, tuvo que cooperar á su autoridad absoluta. Y no solamente aquel gran revolucionario tuvo que cooperar á su autoridad absoluta, rayana en despótica; tuvo que guardarlos en la nueva fe, con el cebo de la desamortización eclesiástica, con el despojo de sus bienes al clero y á la Iglesia. Como aplicación de tal espíritu reaccionario, Lutero anatematizó el movimiento revolucionario labriego, y no quiso nunca reconocer en los actos de estos reaccionarios las consecuencias inevitables de su protesta religiosa. Y por manera tan segura contribuyó Lutero al movimiento monárquico de nuestra Europa en el siglo décimo-sexto,

movimiento en la centuria décima-cuarta originado, que fundó sobre las espaldas del reformador, un gran déspota, Enrique VIII, cuanta cantidad de absolutismo religioso y político le permitían las leyes y las instituciones inglesas. Pero, aunque tuviera el reformador en lo político este carácter, en lo religioso tuvo el carácter contrario; en lo religioso precedió á la revolución. No se podía entregar un libro como la Biblia y el Evangelio al pueblo sin hacerlo republicano; y no se podía proclamar el examen libre y la conciencia emancipada, sin traer á la política y al Estado y á la gobernación pública todas las libertades contenidas en su naturaleza. Leyendo la Biblia, leía el pueblo cánticos republicanos, como los cánticos, por ejemplo, de la fuerte y hermosa Débora, quien gobierna, como cabeza de un Estado democrático; y no sólo gobierna, distribuye la justicia entre sus compatriotas; y no solamente distribuye la justicia entre sus compatriotas, ciñe casco y empuña espada, para vencer al Rey de Asor, victoria cantada en un himno, como acaso no han oído en el mundo ningún otro tan bello las generaciones humanas. Lutero, no solamente predicó la libertad completa de conciencia, como base de todas las libertades; inspiró cantatas que continuaron los himnos de Moisés, Débora, María, y precedieron al himno de los puritanos y á la inmortal Marsellesa, resumen y epílogo de todos estos maravillosísimos poemas. Así, entre las grandes propensiones del reformador, descolló la propensión música. De niño anduvo por las calles errante, y, para granjear á su cuerpo el necesario sustento, cantando, como las aves del cielo. Así, encarecía la música entre los dones más selectos de Dios, y declaraba enemigo á Satanás de la música; reconvenía con acritud á los potentados y Reyes protestantes, por no mantener orquestas en sus palacios, como las mantenidas por los príncipes católicos; se indignaba contra los labriegos rebeldes, tanto porque no escuchaban el eco de su palabra, como porque no entendían una nota de música; gustaba que los arpistas más hábiles tañesen á su oído los salmos de David más excelentes, y estimaba las buenas sinfonías anticipaciones verdaderas de la Bienaventuranza y de la gloria. Lo cierto es que las iglesias protestantes, faltas de las pinturas y esculturas que pueblan las iglesias católicas; sin ese olor de incienso, que tanto á nuestro espíritu y corazón trasciende al entrar nosotros en las catedrales del culto nuestro, se distinguen por su cántico; y no conoce una emoción música profunda quien jamás haya oído un salmo de aquellos que cantan los fieles todos, en armonía y consonancia con el órgano, cuyo mérito resalta entre la privación de todo arte consiguiente á los Divinos Oficios reformados, y la severidad austera de las naves, desnudas de toda ornamentación que no sea propia de su arquitectura, gótica generalmente, y generalmente resto de la Pontificia Edad Media. La lectura popular de los libros revelados, el examen libérrimo de los dogmas religiosos, la emancipación á nuestro espíritu llevada con emancipar la conciencia, rindieron servicios tales al progreso; que contrastaron la reacción encerrada en el dogma de la gracia, contrario por completo á nuestra doctrina del libre al-

bedrio, sin la que no pueden explicarse los derechos humanos, incompatibles con los excesos y exageraciones de la predestinación protestante; dogma extraído del africano Agustín, cuyos graves errores en este punto sirvieron de base al fatalismo mahometano. Pero aun reconociendo todo esto, no puede, no, dudarse que la sublime armonía religiosa, conocida en el mundo con este nombre, Coral de Lutero, consta entre los himnos más hermosos á la humana libertad, como el himno de Moisés, como el himno de María, como el himno de San Francisco, como el himno de la Revolución, como cuantos himnos han derramado notas por los aires, las cuales notas han sido como centellas eléctricas, moviendo los músculos y los nervios del pueblo al combate con los tiranos y al triunfo de la libertad.

Heine mismo llamó al Coral de Lutero el himno triunfal ó Marsellesa de la Reforma. En sus *Hugonotes* ha colocado Meyerbeer este cántico de la libertad religiosa, como un perpetuo *ritornello*, como un recordatorio del combate allí empeñado, en el argumento de su ópera, entre la Reforma luterana y la Monarquía francesa. Discuten hoy los historiadores de la música respecto de tema tan curioso, cual si fué compositor ó no fué compositor Lutero. Indudablemente, la influencia de canto y música sobre los afectos religiosos, embargó toda la vida el espíritu de reformador tan inspirado. Sabida por todos la continuación de los cantares griegos antiguos en los cantares cristianos modernos. También sabida la influencia de San Ambrosio sobre la música que llamamos sagrada, y su fijación definitiva en la Iglesia romana, ó de Occidente, por San Gregorio Magno. Lutero se creyó en su obra litúrgica obligado á exaltar el canto religioso, manteniendo sus antiguos caracteres artísticos, pues confiesa deber al arte suyo en instrumentos músicos, muy dulces consuelos del dolor y muy intensas excitaciones á la pelea por sus creencias. Así asoció el maestro Juan Walther á sus renovaciones de la música, y le hizo cooperador consciente de su revolución. «Sean músicos, exclamaba el reformador, los maestros de las escuelas primarias, y enseñen á los pequeñuelos la música; suban los espirituales pastores al púlpito después de haber aprendido y ejercitado el solfeo». Efectivamente, los niños cantores conciertan sus voces con el coro de las aves del aire; y las aves del aire conciertan sus voces con el coro de los ángeles del cielo. Pero aunque nos hallemos seguros de que Lutero tocaba el arpa y el violín y la flauta, no estamos tan seguros de que Lutero fuese compositor, y menos de que acertase á componer música tan sublime como su maravilloso Coral. Cantábanlo en coro los protestantes para excitarse unos con otros, juntando sus voces, á la pelea; escogiólo como consagración de su triunfo Lutero al entrar victorioso en la ciudad que diera nombre á su credo y símbolo; pero no fué obra personal suya, siquier lleve hasta la consumación de los siglos su ruidoso nombre. Cuando Lutero se halló con que, después de haber aceptado para los Divinos Oficios el cántico gregoriano, eco del cántico de San Ambrosio, como era este cántico, á su vez, eco del antiguo genio músico heleno, teniéndolo